



HUMANITAS

Anuario del Centro de Estudios Humanísticos
— 2003 —

1933 - 2003 **UANL70** ANIVERSARIO

Edición 30

Montevideo, Nordan-Goethe Institut, 1993, pp. 229-251. LE BRETON, D.: *Le chair à vif: usages médicaux et mondains du corps humains*, Paris, Métailie, 1993, p. 275.

¹² DUJON, X.: *La réconciliation corporelle: une éthique du droit médical*, Lessius, 1998.

MEMMI, D.: *Les gardiens du corps*, Paris, Ed. de l'Ecole des Hautes Etudes et Sciences Sociales, 1996.

¹³ PRINI, P.: *Il corpo che siamo*, Torino, Societate Editrice Italiana, 1991, p. 10.

¹⁴ Como bien lo mostraba Freud en "El porvenir de una ilusión", la anatomía se presenta como el lugar de todas las proyecciones inherentes al deseo de saber, al descubrimiento de la diferencia, a la terrible figuración de la castración, a la presencia de la muerte y a su negación en el encarnizamiento terapéutico con el fantasma de la conservación indefinida. A falta de poder satisfacer estos fantasmas insaciables, los médicos se ven lanzados a un inventario interminable del cuerpo humano.

D'AGOSTINO, F.: "Ética nella ricerca scientifica", en M. del Tacca, Mario (comp.): *L'etica nella ricerca biomedica*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1997, pp. 59-68.

ESCODÉ CASALS, J.: "Una ética para la era tecnológica", *Cuadernos del Programa Regional de Bioética* N° 5, Dic. 1997.

F. QUERÉ: *L'éthique et la vie*, Paris, Odile Jacob, 1991.

¹⁶ BERLINGUIERI, G.: "El cuerpo como mercancía o como valor" en AA. VV., *La medicalización de la sociedad*, Montevideo, Nordan-Goethe Institut, 1993, pp. 99-126.

¹⁷ MAINETTI, J.A.: "Fenomenología de la intercorporeidad", en M. L. Rovalletti (ed.), *La problemática del cuerpo en el pensamiento actual*, Buenos Aires, Lugar Editorial, 1998, pp. 153-160.

¹⁸ CHANTEUR, J.: "La thérapie génique, les manipulations génétiques et l'éthique", en M. Del Tacca (comp.): *L'etica nella ricerca biomedica*, Roma, La Nuova Italia Scientifica, 1997, pp. 137-148.

¹⁹ URIBE VARGAS, D.: *La troisième génération des droits de l'homme* (Recueil de l'Académie du Droit International), La Haya, 1984. Derechos de primera generación o libertad de los modernos, de segunda generación o derechos a la igualdad y promoción. De la tercera generación, relacionados con la calidad de vida. En este último caso, no se trata de defender los derechos de los individuos frente al Estado (la libertad de los modernos) sino defenderlos frente al mercado e incluso frente a la propia voluntad individual del sujeto de los mismos.

²⁰ TOUVENIN, D.: "La disponibilité du corps humain: corps sujet ou corps objet", *Actes des Cahiers d'action juridique*, N° 49.50, p. 1985. Cfr. también F. D'AGOSTINO: *Diritto e corporeità. Prospettive filosofiche e profili della disponibilità del corpo umano*, Milano, Yoca, 1984.

²¹ SIVADON, P. y FERNANDEZ-ZOÏLA, A.: *Corps et Thérapeutique*, Paris, 1986, PUF, p. 217.

LA MUERTE EN FRANCISCO DE QUEVEDO

Dr. Luis Rionda Arreguín

Transcurre el reinado de Felipe II, etapa de gran esplendor político y militar del imperio español. Alcanzada la cima, comienza a declinar la estrella de España que destina las riquezas de oro y plata, llegadas de las Indias, a costear sus conflictos bélicos con otros países europeos.

Francisco de Quevedo y Villegas viene al mundo cuando su país domina por mares y tierras tan lejanas, que haría decir a su monarca que en su reino no se ponía el sol. Pero también ha visto el debilitamiento moral y la disminución del poderío político de España. Bajo los últimos Felipes, periodo en el que se observa una decadencia del señorío español, aparece la sátira de Quevedo destinada a criticar la sociedad española durante las dos primeras décadas del siglo XVII.

Si Cervantes es hombre del siglo XVI, obsesionado por las novelas de caballerías, cuya paciencia y perspicacia son instrumentos de que se sirve para convertir las más aflictivas situaciones en ingeniosas burlas y portentos de fantasía, Quevedo por su parte, absorto en el siglo XVII, no se conduce de nada, es cínico, amargo, cruel e inflexible.

Durante el gobierno de Felipe IV, éste descubre un memorial en el que se narra la desesperada situación en que vive el pueblo español. Quevedo es señalado como el culpable. Preso durante cuatro años, "cerrado solo en un aposento, sin comercio humano, donde muriera de hambre y desnudez si la caridad y grandeza del duque Medinaceli, mi señor, no me fuera seguro y largo patrimonio hasta el día de hoy..." Deja la

prisión, después de cumplir la condena, en 1643, dos años antes de su muerte; pero ya sus fuerzas han sufrido una mengua considerable. Su salud quebrantada sumada a la vejez que le acompaña, hacen que se agudice en él la amargura y el desencanto que, en cierto modo, se reflejan en la Historia de la vida del Buscón.

Lector asiduo del estoicismo senequista, Quevedo supo soportar con serenidad de ánimo las persecuciones y las adversidades. En el ascetismo de Quevedo se conjugan las enseñanzas de Séneca con su formación cristiana, condiciones que a punto estuvieron de llevarlo a abrazar la vida religiosa.

Pero Quevedo es, además, el humanista del barroco, pues aún cuando España permanece fiel a sus creencias religiosas y a los valores sobrenaturales, él no duda en alabar la individualidad. Si en la idea queda expresado el simbolismo interior, en la innovación y uso ingenioso de los conceptos reside el simbolismo exterior. Este último pone las formas que hacen que la idea se revele externamente. El conceptismo alcanza en Quevedo un desarrollo cuidadoso, pues lejos de quedarse en el lenguaje docto, elegante y acicalado, propio del culteranismo, prefiere la articulación hábil, perspicaz e ingeniosa de las palabras. De este modo, Quevedo hace que sus ideas sean algo más que ideas en su pensamiento y tengan su fuente de expresión en el lenguaje, en la gracia del decir, lo que ha permitido considerarlo el genio del barroco.

Los escritos ascéticos de Quevedo emergen, como se ha dicho, de una fuente religiosa-cristiana que reside en el conocimiento de las sagradas escrituras y los representantes de la patrística, y de una vertiente filosófica que en su caso, se sustentó en el estudio de las obras de Séneca, el filósofo español más representativo del estoicismo.

Sin embargo, no contento de ocuparse en señalar las carencias e imperfecciones de la sociedad española de su tiempo, en su interior anidaba un anhelo ferviente de alcanzar la perfección en la única verdad que nos trasciende, haciendo que la idea de la muerte fuera en nosotros una realidad actual en todo momento, para no olvidarnos que la muerte se inicia en el instante mismo en que nacemos, y que somos auténticos cristianos siempre y cuando llegemos a entender que realmente

nacemos cuando morimos, cuando el alma se ha separado definitivamente del cuerpo para elevarse y unirse a Dios. Por consiguiente, las preocupaciones religiosas vigentes en el siglo XVII español repercutirán, sin duda, en el campo literario, especialmente en el género ascético y místico. Esto nos lleva a reconocer con Juan M. Lope Blanch la importancia de la producción filosófica y ascética de Quevedo, "de fuerte colorido senequista. La cuna y la sepultura, tratado de moral estoica, es obra característica de la religiosidad barroca y representativa del estilo contrastado, antitético de su autor".

La actitud religiosa de Epicteto (50-138) se parece a la cristiana en la creencia en un Dios personal, trascendente al mundo, y al que los hombres pueden unirse. De acuerdo con él, es necesario distinguir entre las cosas que dependen del hombre y aquellas que no. Sólo si se atiende a lo que de él depende, a su propia voluntad, podrá el hombre alcanzar la verdadera felicidad; en ello reside, pues, la auténtica libertad del sabio. Por el contrario, es esclavo quien vive dominado por la ambición de los bienes del mundo externo. Quevedo, el Epicteto español como se le ha llamado, no admite totalmente con el estoicismo que el hombre sea autosuficiente si se mantiene imperturbable ante las adversidades; más bien el hombre se basta a sí mismo si asume una actitud activa y vital frente a las desventuras y los infortunios. Así, la superación de España en el orden individual, social y político sólo se logra, según Quevedo, si se acomoda el pragmatismo moral, derivado del estoicismo y el cristianismo, a poner remedio a los males que la aquejan.

La manifiesta admiración de Quevedo por Séneca tiene su mejor prueba en la traducción que hiciera De los remedios de cualquier fortuna del filósofo cordobés. En esta obra se advierte cómo el injustificado temor a la muerte de que hablaba Séneca se refleja siglos más tarde en Quevedo, en La cuna y la sepultura. Frente a lo inevitable, lo mejor es aceptarlo:

Morirás —dice Séneca—. Esto es naturaleza del hombre, no pena... Morirás. Derecho es de las gentes volver lo que recibiste... Morirás. Dícesme lo que sé, y callas lo que no sé, que es el cuándo"; pero más adelante señala: "Dos cosas no le pueden faltar al hombre: si vive,

muerte; si muere, sepulcro. Carecerás de sepultura. Esa es amenaza para la sepultura de mi alma, que es mi cuerpo; no para mi alma. Carecerás de sepultura. Enterrarme quien me quisiere bien, por honrarme; quien me quisiere mal, por no verme; quien me quisiere bien, por no afligirse. Carecerás de sepultura. Vivo la deseo, y muerto no la he menester.

El hombre es un ser en situación, sale de una situación para entrar en otra, pero siempre se encuentra en una situación determinada. La humana situación consiste en estar siempre en situaciones. Frente a las situaciones concretas nos conducimos ya sea aceptándolas, o bien alterándolas. Ante las situaciones límite de la existencia humana, actuamos huyendo de ellas, ocultándolas, pero jamás se pueden evitar ni cambiar.

El miedo a la muerte en el ser humano, se presenta como algo rodeado de incertidumbre, no sólo no se sabe cuando habrá de ocurrir, sino bajo que circunstancias se presentará. De lo que verdaderamente se puede tener certeza es que la muerte, como afirmara Agustín de Hipona, es lo único de lo que el hombre puede estar cierto en la vida. Más la muerte es cierta en un sentido e incierta en otro.

Oído habrás decir muchas veces —señala Francisco de Quevedo— que no hay cosa más cierta que la muerte, ni más incierta que el cuándo. Dígame que no hay cosa más cierta que el cuándo, pues no hay momento que no mueras, y que, de verdad, siempre está llegando este cuándo, que dices tú que no se sabe, y acertarás si dijeras que no se cree. 'Para cuando guardas la risa, pues no te ríes del que se está muriendo y dice: ¿Quién pensara que yo me muriera en dos días de esta manera?' Y cuando dicen: 'fulano murió en dos días', mienten y no lo entienden, que cualquiera, aunque muera en un instante, muere en tantos días como ha vivido, y tantos días que estaba enfermo como había que nació. ¿Tú piensas que pasan en balde los días? Pues dígame que no hay hora que pase por ti, que no vaya sacando tierra de tu sepultura.

Esto implica que a lo largo del ciclo vital del ser humano va habiendo una disminución o decadencia de la vida. Vivir es, pues, un continuo estar muriendo. Y lo que llamáis *vivir es morir viviendo* recalca el escritor de los siglos de oro español. En otras palabras, según, hay una presencia de la muerte en cada segundo, a tal punto que la vida se acerca de modo apresurado y rectilíneo hacia ella. Esto vuelve a hacerse evidente en sus Epístolas cuando expresa: *Nacemos para vivir y vivimos muriendo...*

El hombre no se circunscribe a contemplar el mundo, sino que es capaz de hacerse así mismo objeto de su propio pensamiento e incluso preguntarse sobre el sentido y el fin de su propia vida. Más su naturaleza racional lo hacen percatarse de que su muerte es inevitable, de que inexorablemente tiene que morir. El que más tarde o más temprano tengamos que morir ineludiblemente es algo que sabemos con plena seguridad. La muerte, prendida al ánimo del ser humano, constituye una advertencia de la finitud de su existencia. No obstante que en los tiempos actuales se manifiesta de diversas maneras nuestra aversión a la muerte, no podemos adoptar frente a ella una actitud de indiferencia.

Por el contrario la muerte nos sobrecoge, causándonos miedo y temor. Pero Quevedo se pregunta:

¿De qué sirve, pues, huir de lo que deseas, y temer al llegar a donde a toda diligencia caminas y te llevas a ti mismo? ¿Por qué tienes miedo a la última hora de la naturaleza? Lo menos de la muerte temes, que es aquel punto, y lo mas della, que fue toda la vida, pasaste riendo.

Mientras no se tenga una idea clara y precisa de la muerte y se mantenga como simple hipótesis, resulta ocioso temerla. Ya Schopenhauer comparaba la muerte con el ocaso del sol que es, al mismo tiempo, el orto del sol en otro lugar. Lo contradictorio de este asunto reside para Quevedo en poder entender tan enorme confusión: pues "tu temes la muerte y tu mayor deseo es que se llegue. ¿Quiéreslo ver? ¿En que otra cosa gastas la vida que en desear, siendo niño, verte mancebo y que llegue el tiempo de verte mayor, y luego de verte hombre? ¿Que verano hay, que no desees que se pase y que llegue el

invierno? Y siempre en todo deseas tu fin, pues no puedes desear que tras este instante venga otro, sin desear que se acerque un paso más tu muerte”.

Si la muerte lejos de intimidar al hombre lo tranquiliza, es, por lo tanto, algo apetecible. Lo que pasa es que el hombre necesita aprender a superar el pavor que la muerte le produce. ¿Por qué, “como para saber navegar —dice Quevedo— te llegas a los marineros, y aprendes el arte militar de los capitanes, y las cosas del cielo y de los astrólogos, no aprenderás el modo de vivir y morir, de los filósofos y buenos? Cosa extraña, que creas de los vivos que es temerosa la muerte, no sabiendo lo que es. Los experimentados gozan, tras su quietud y paz, de eterno silencio; por esto Sócrates dijo que la muerte es un secreto reservado y una conjetura triste... ¿Dirás que el ánima teme la muerte por sí?, no, que es inmortal; sí, por su cuerpo. Sentir el dolor de su enemigo, excusada piedad es, y sería sentir que el cuerpo sea lo que es y para lo que nació. Y en lugar de ser piadoso, sería desagradecido a quien le da libertad, y si él teme verse libre, mucho ama sus grillos, mucho su cárcel”.

Para el cristianismo el mundo es *CREATIO EX NIHILO*, creación a partir de la nada. Dada su naturaleza omnipotente, Dios no sólo pone al mundo en la existencia, sino que al estar creando, por esa creación permanente lo conserva en la existencia. Por otra parte, el hombre al haber sido hecho a imagen y semejanza de Dios, basta que mire dentro de sí mismo para descubrirlo reflejado en su alma, que sobrevive a la extinción de su cuerpo. Empero, la noción de inmortalidad ha tenido que enfrentarse al pensamiento científico moderno, que ve en la muerte una simple diseminación de la materia originalmente reunida como cuerpo o morada física. El cuerpo humano es algo más que simple materia. Así parece opinar San Agustín, quien define al hombre como “*el modo como el cuerpo adhiere al alma...*” Lo mismo acontece con Tomás de Aquino al concebir el alma como una substancia espiritual, esto es “*la entelequia primera del cuerpo físico orgánico que posee la vida en potencia*”.

La plena y profunda conciencia que Francisco de Quevedo tiene de la muerte, la encontramos presente en la literatura española. La muerte, el sueño y la locura son temas que

frecuentemente aparecen en el barroco como una indagación de lo que se oculta bajo las apariencias. El cuerpo en la antigüedad griega es considerado como el instrumento del alma, sin faltar la opinión platónica según la cual el cuerpo está condenado a ser la tumba o prisión del alma, o bien la postura del estoicismo que afirma que el alma es lo que domina o utiliza de diversas maneras el organismo corpóreo.

Para Quevedo, el hombre debe comenzar:

con este conocimiento: y ten de ti firmemente tales opiniones: que naciste para morir y que vives muriendo; que traes el alma enterrada en el cuerpo que cuando muere, en cierta forma resucita; que tu negocio es el logro de tu alma; que el cuerpo sirve a esa vida prestada que gastas; que es tan frágil como ves, tan perecedero como parece; y que es más feo que parece, y que en breve tiempo lo estará más; que tu cuidado es tu alma, y que solas sus cosas son tuyas y las demás ajenas; que no debes trabajar en otras sino en éstas, por estar a tu cargo...

Pero, a su vez, Quevedo es conciente, por su formación cristiana, que es necesario que el hombre de cuenta de las cosas del alma al que se las dió “*y que se las agradece sólo con dársela buena, y que el premio o el castigo se te aguarda a ti; y que pues, ser forzoso morir para ti y a tu riesgo, es razón que vivas para ti y a tu provecho*”.

En un sentido amplio la muerte designa una cesación; pero en una forma limitada alude exclusivamente a la muerte humana, porque sólo en ella el morir cobra su auténtico significado. La muerte, en tal sentido, señala simplemente el instante en que dejamos de existir.

La muerte, esa ausencia siempre presente, es cesación, trunca de tajo las ilusiones y los planes que nos habíamos propuesto hacer realidad; de pronto expresaba Justo Sierra, su “*impía mano se adelanta repentinamente a la noche para cortar el camino de la dicha*”. Solamente el hombre ha soñado con ser inmortal. De allí que no sea como indica Heidegger simplemente un “*ser para la muerte*”, sino más bien un ser para “*más allá de la muerte*”. El cristiano tiene la plena certeza de que solamente con la vida eterna puede vencerse a la muerte.

Así diría el panteísta Spinoza, el espíritu humano no puede ser destruido absolutamente con el cuerpo, "más subsiste en él algo eterno".

Sin embargo, la muerte tiene lugar por necesidad; pero si aquello de lo cual se dice que es necesario lo es en virtud de alguna ley, luego la muerte resulta necesaria puesto que no puede ser de otro modo. De esta manera, Quevedo advierte que:

La muerte es forzosa porque es necesaria. Dime, ¿qué descanso tuviera la vida, qué libertad el espíritu, qué quietud el cuerpo, qué fin las molestias de la vejez, aborrecida de sí misma, si no hubiera muerte? Dirás que es dolorosa y llena de congojas y parasismos. Pues dime, ¿si eso no hubiera en la muerte, siendo tan desdichada la vida, quien no la tomará por sus manos? Prevenida, la naturaleza la cercó de congojas y la hizo parecer temerosa para que los hombres viviesen algún tiempo. Y si bien lo consideras, llevando a todos y no exceptuando a nadie, fuera hacer agravio a los que murieron para que vivieses y a los que aguardan que te vayas para venir; que ella, llevando a unos, da lugar a otros; y así es ley, y no pena, la muerte.

El progreso de la conciencia histórica del hombre ha traído como resultado la negación de una esencia humana inmutable. La diferencia entre historia y naturaleza la encontramos desarrollada en el historicismo de Dilthey cuando escribe que "la naturaleza del hombre es siempre la misma; pero las posibilidades de existencia que ella contenga, nos las trae a luz la historia..." Ortega y Gasset se muestra más radical: "El hombre no tiene naturaleza sino que tiene... historia". No es cosa, algo fijo e inmutable; es un proyecto, un continuo estarse haciendo libremente.

Para el hombre la posibilidad más insuperable porque no puede eludirla es la muerte. En cuanto "poder ser" el hombre no puede "rebasar la posibilidad de la muerte". La muerte es la posibilidad de la absoluta imposibilidad del "ser ahí". Así se desemboza la MUERTE como la Posibilidad más Peculiar,

Irreferente e Irrebasable. En cuanto tal, es una Señalada Inminencia".

En efecto, el hombre lleva consigo la muerte como algo cercano, como algo que está próximo a nosotros y nos acompaña a lo largo de la vida, desde el nacimiento hasta el final. En el transcurrir de la vida, la muerte está permanentemente presente. Es un caminar paralelo el de la vida y la muerte, empiezan y terminan juntas.

Son —apunta Quevedo— la Cuna y la Sepultura el principio de la vida y el fin della, y con ser al juicio del divertimento las dos mayores distancias, la vista desengañada no sólo las ve confines, sino juntas, con oficios recíprocos y convertidos en sí propios; siendo verdad que la cuna empieza a ser sepultura, y la sepultura cuna a la postrera vida... Empieza el hombre a nacer y a morir; por esto cuando muere, acaba a un tiempo de vivir y de morir, que dura mientras dura ella; considéralo como el plazo que ponen al jornalero, que no tiene descanso desde que empieza si no es cuando acaba. A la par empiezas a nacer y a morir; y no es en tu mano detener las horas; y si fueras cuerdo, no lo habías de desear; y si fueras bueno, no lo habías de temer. Antes empiezas a morir que sepas qué cosa es vida, y vives sin gustar della, porque te anticipan las lágrimas a la razón.

Sabemos de la muerte de otros y de que todos indefectiblemente habrán de morir algún día. Cada ser humano no puede sino asumir su propia muerte, pero a la del otro sólo podemos asistir a ella. "Ante la muerte del otro permanecemos en el exterior, asistimos —expresa, Agustín Basave— a su agonía pero no a su muerte". Cada hombre debe tomar para sí su propia muerte, pero nadie puede atraer a sí la del otro. La cuestión consiste en que:

Nadie Puede Tomarle a Otro su Morir... Tal 'morir por...' no puede significar nunca que con él se le haya tomado al otro lo más mínimo de su muerte. El morir es algo que cada 'ser ahí' tiene que tomar en su caso sobre sí mismo. La muerte es, en la medida en que 'es', esencialmente en cada caso la mía.

La dignidad del hombre reside en poseer un alma semejante a Dios. Por ello, para Quevedo, "el sabio sólo es esclavo si sirve al cuerpo; si se sirve del cuerpo, siempre es libre..." Estas palabras de profundo sabor estoico, puesto que es preciso "vivir con el cuerpo, mas no para el cuerpo". Como los estoicos, Quevedo piensa que el alma no debe dejarse llevar por los impulsos del cuerpo; pero a su vez, "no hemos de procurar que en las cosas se haga nuestro deseo, sino ajustar nuestro deseo con los sucesos de las cosas; que así tendremos libertad, paz y quietud..."

Frente al mundo con sus placeres y apetitos, el hombre, según los estoicos, debe mantenerse imperturbable. Para Quevedo el hombre posee un alma eterna semejante a Dios, *mas no la tiene ni la trata como a semejanza de Dios, ni como a eterna, mientras la hace seguir al cuerpo y la olvida por cualquier apetito. Todo lo haces al revés, hombre: al cuerpo, sombra de muerte, tratas como a imagen de vida, y al alma eterna dejas como sombra de muerte... Nada te está bien a tí, que eres compuesto de cuerpo y alma... Obedeces al cuerpo, y hallase, indigno, con lo que no es suyo... El alma oprimida padece, y atiende a sufrir la que había de ocuparse en gobernar; y cuando llega la hora postrera, que es forzoso apartarse el uno del otro, hallas que el cuerpo te deja y que tu mejor parte es el alma; y para pena tuya, conoces entonces que te dejaste a ti, viviendo por lo que es mortal y ceniza; y ves tu cuerpo... que depositado en tierra y en poder de gusanos, desengaña la estimación en que le tuviste, tan feo y disforme, que la memoria de haber vivido en él castiga.*

La configuración de nuestra existencia viene dada por la muerte, fundamentalmente porque sin ella todo carece de importancia. Si bien es cierto que la muerte humana es consustancial a la vida, sin embargo la contemplamos la mayoría de las veces como incierta que no sólo no tiene explicación, sino que constituye algo contrario a la razón. No es que en el último momento tenga lugar la muerte, más bien va conformando en cada momento nuestra vida. En suma, lo que le confiere sentido a la vida es la presencia de la muerte.

El ser humano en su proceso de desarrollo necesita múltiples cosas que le prodigan el alimento para sobrevivir, lo mismo que requiere de otras que le sirvan de abrigo.

Pero, ¿qué es el hombre? En un sentido cristiano es una criatura hecha a imagen y semejanza de su creador, pero también es un peregrino sobre la tierra. El hombre en su corto o largo trayecto se va consumiendo inexorablemente. Lenta o apresuradamente sufre un desgaste que le aproxima al final. Es como si el hombre llevara en su interior un mal que lo fuera carcomiendo. Así dice Quevedo:

Vela eres, luz de vela es la tuya, que va consumiendo lo mismo con que se alimenta y cuanto más aprisa arde, más aprisa te acabarás. Considera que, sin los venenos, las mismas cosas saludables te traen muerte: un airecillo si te coge el cuerpo destemplado, un jarro de agua si sudas, el baño, la comida si es demasiada, el vino, el movimiento si te cansas, el sueño prolijo. En ninguna cosa tiene segura la salud y es necesidad buscarla, pues no se puede dejar de estar enfermo quien siempre en su misma vida tiene mal de muerte. Con este mal naces, con él vives y dél mueres. Dejo de contar los venenos y cosas que la naturaleza crió contra tu vida: sierpes, víboras, animales y peces, hierbas y piedras o minerales que o mordido dellas o tocado, mueres... ¿Cual animal, por rudo que sea, -escoge el más torpe-, es causa de sus desventuras, tristezas y enfermedades, sino el hombre? Y esto nace de que ni se conoce a sí, ni sabe qué es su vida, ni las causas de ella, ni para qué nació.

El hombre debe tomar conciencia de su condición. La fatuidad y la presunción nunca han de ser propias de su naturaleza; por el contrario, la actitud que necesita adoptar frente a esa amenaza cierta que nos delimita no es otra sino la humildad. Ante lo inmediato e inaplazable de la muerte las ilusiones salen sobrando.

No te ensoberbezcas -apunta Quevedo- ni creas que fuiste criado para otro negocio que para usar bien de lo que te dió el que te crió. Vuelve los ojos, si piensas que eres algo, a lo que eras antes de nacer, y hallarás que no

eras, que es la última miseria. Mira que eres el que ha poco no fuiste y el que, siendo, eres poco, y el que de aquí a poco no serás; verás como tu vanidad se castiga y se da por vencida.

En una palabra, la muerte va trazando de continuo las líneas de mi existencia. De pronto el proceso de la vida queda suspendido por la muerte que interrumpe su desarrollo. Le pertenece, pues, a cada hombre como una cualidad esencial de su persona. La vida no solo tiene un comienzo, sino que al desembocar en la muerte, tiene en ésta su conclusión. La vida y la muerte brotan unidas precisamente el día del nacimiento. El que muere vive simplemente el último acto de su vida. La muerte no es algo exterior que suspenda y trunque la vida, sino que significa su consumación. El temor a la muerte no obedece tanto a que la vida termine, sino a la conciencia de que tenemos que enfrentarnos a una realidad que desconocemos. La angustia que la muerte produce es fundamentalmente la desesperación de quien carece de fe y piensa que la muerte es el final de todo; pero en el creyente la angustia se convierte en resignada esperanza, en expectación de la eternidad. Quevedo piensa que el principal mérito del ser humano consiste en animar su espíritu contra el temor de la muerte, porque ésta no viene de fuera. "Ninguno —dice— puede vivir sin morir, porque todos vivimos muriendo... ¿Qué puede saber quien no sabe que vivirá otra hora? ¿Qué ama en su vida quien sabe que a no volver se ausentó la pasada, que a toda prisa se le huye la presente; quién no sabe si añadirá otro instante a su vida? La vida no por eso se debe despreciar, antes lograrse; y de la misma suerte, no se debe temer la muerte, sino prevenirse..." Por lo tanto, la muerte es un **Compendio** de la vida.

En la muerte el hombre se hace presente a sí mismo, el pasado se hace presente, y el futuro es expectativa. El único presente es el acto de morir. "Seame indicio desto —apunta Aristóteles— que todo hombre sabe que ha de morir; más porque no sabe que su muerte está cerca, por eso no la teme". A lo anterior Quevedo respondió:

Perdóneme Aristóteles, que no puede ignorar alguno que tiene cerca la muerte, pues todos saben que pueden

morir cada instante, y deben saber que no sólo la tienen cerca de sí, sino dentro... Empero la muerte no es de las cosas que unos ni otros deben temer porque la tienen cerca: no la han de temer, sino disponerla; no la han de temer, sino recibirla. Quien la acaricia, hace lo que debe; quien la rehúsa, hace lo que no puede hacer.

Resulta común que el hombre moderno haga coincidir la vida con lo que es, con la luz, con lo racional, mientras que la muerte es igualada precisamente con lo opuesto, esto es con lo que no es, con la oscuridad, con lo irracional.

Quevedo expone las razones por las cuales no es dable temer a la muerte:

¿Cómo puede temer la muerte —se pregunta— quien no teme el haber nacido? Y quien teme el haber nacido, ¿por qué, teme la muerte?... ¿De qué sirve temer lo que no se puede evitar? Fuerza es que quien teme la muerte tema la vida, porque toda la vida es muerte. Teme el hombre el postrer instante de su muerte, y ama los muchos años della... Quien teme la muerte tiene miedo de sí propio. No es la muerte cosa forastera; con nosotros nace, y crece, y vive. La muerte de cada uno es su cuerpo; dentro de nosotros habita: no hay vena, no hay miembro, donde no resida. Bien considerado, todo nuestro cuerpo es posada de la muerte. ¿Cómo, pues, se temerá la muerte y se amará el cuerpo?". Absurdo e insensato es para Quevedo amar y despreciar una misma cosa; pero "tal es la persuasión bestial del pecado, que hace que tema nuestra vida la muerte, cuando en juntar y acercar nuestra muerte gastamos nuestra vida. ¿Por qué, pues, tememos que se acabe de juntar lo que cada día y cada hora juntamos?"

Hay quienes pretenden esclarecer el significado de la muerte, pero también los que tratan de ignorarla. Medios sobran para poder aplazarla, pero nadie puede eludirla. Mi ignorancia del mundo y de muchas cosas es manifiesta, pero no puedo ser ignorante de que tengo que morir. De hecho estoy cierto de que moriré, pero lo que desconozco —decía Pascal— "es

esta misma muerte que no soy capaz de evitar". Algo semejante se encuentra en Quevedo cuando expresa:

Ella (la muerte) se defiere, mas no se evita. Muchas enfermedades suelen dilatar la vida en años, y muchos con salud robusta se precipitan en la mejor edad... Sófocles dijo... 'que la muerte era el postrero de los médicos'. Yo, que el postrero y el mejor, porque de una vez libra, no sólo de todas las enfermedades, sino de todos los otros médicos. La muerte sola cura los males, las demás medicinas, los entretienen. ¿Quién temerá enfermo su postrero médico y el mejor? Por esto dijo Séneca: 'La muerte es remedio de todos los males.. ¿Quién temió el remedio del mal que padece?...' Según esto, el enfermo no debe temer la muerte, antes estar agradecido a la enfermedad.

Ante la decrepitud de las cosas concernientes al hombre, Quevedo examina el triunfo de la muerte; ésta además de alivianarnos quedándose con nuestros utensilios, tiene la cualidad de igualar a todos los hombres. Con ella, todo lo que en parte de nuestra vida nos acompañó: el reconocimiento, los grados académicos, el aplauso, y la celebridad, desaparecen. En el Sueño de la Muerte o Visita de los chistes, Quevedo reseña la visita que un hombre hace a la muerte, a la que le dice:

Yo no veo señas de la muerte, porque allá nos la pintan unos huesos descarnados con su guadaña... Paróse y respondió: Eso no es la muerte, sino los muertos, o lo que queda de los vivos. Estos huesos son el dibujo sobre que se labra el cuerpo del hombre. La muerte no la conocéis, y sois vosotros mismos vuestra muerte. Tiene la cara de cada uno de vosotros, y todos sois muertes de vosotros mismos.

Morir, en el sentido de dejar de vivir, constituye un hecho irrefutable, una apariencia; pero no arroja certeza alguna de la muerte. Séneca hacia consistir nuestro error "... en que consideramos únicamente que la muerte nos seguirá, sin representarnos que nos seguirá de la misma manera que nos ha precedido".

La poderosa influencia que este pensador tuvo sobre Quevedo y la fe cristiana de éste se ponen de relieve en un pasaje muy elocuente del escritor español: *La calavera es el muerto, y la cara es la muerte. Y lo que llamáis morir es acabar de morir, y lo que llamáis nacer es empezar a morir, y lo que llamáis vivir es morir viviendo. Y los huesos es lo que de vosotros deja la muerte y lo que le sobra a la sepultura.*

Estoico al fin, para Séneca no se alaba la muerte, sino a aquel que muere sin turbarse. "Si esto entendiéades —dice Quevedo— así cada uno de vosotros estuviera mirando en sí su muerte cada día y la ajena en el otro, y viérades que todas vuestras casas están llenas della y que en vuestro lugar hay tantas muertes como personas, y no la estuviérades aguardando, sino acompañándola y disponiéndola. Pensáis que es huesos la muerte y que hasta que veáis venir la calavera y la guadaña no hay muerte para vosotros". De allí que, según Quevedo, no se está en lo justo cuando se dice morirás; "di que acabaré de morir, y acertarás, pues con la vida empecé la muerte".

Quevedo parece decirnos que en el interior de cada hombre debe existir un júbilo por el temor del encuentro con la muerte. Está persuadido de que nadie puede ganarle la partida, puesto que cada hombre está tocado de muerte desde que viene a la vida. Realmente me engaño cuando pretendo escapar de ella, siendo como somos prisioneros de nuestra propia muerte. A lo largo del presente escrito hemos procurado hacer manifiesta la preocupación quevediana por la interioridad de la muerte, su amago permanente y su condición ineludible.

Notas Bibliográficas

¹ Heidegger, Martín. *El Ser y el Tiempo*. Fondo de Cultura Económica. Año 1962. Pág. 274.

² *Ibid*: p. 262.